

Marzo 27, 1929.

LA REBELION PERIODICA EN MEXICO.

En el fondo se redujo a la controversia, eterna entre grupos de Mexicanos, -plural, -deseosos de apoderarse del poder, -que es singular.

POR ERNEST GRUENING.

El resumen de las disputas entre los revolucionarios- Carrancistas contra Villistas- aún antes de que hubieran alcanzado la victoria sobre el "Usurpador" Victoriano Huerta en 1914, aparece en la narración de -- Martín Luis Guzmán sobre la Revolución Mexicana, titulada "El Aguila y la Serpiente"- el escudo Mexicano representa a un águila teniendo en sus garras a una serpiente. En un tiempo "Constitucionalista" "Patriota" -- (ambos títulos requieren comillas) se hizo escritor en su forzoso destierro después del error que cometió al unirse a los De la Huertistas. Se ha demostrado infinitamente más sagáz como comentarista retrospectivo - sobre asuntos Mexicanos que como participante en ellos. Porque su definición cubre con igual precisión la contienda a que estaba aplicada, la rebelión de De la Huerta hace cinco años, la llamarada abortiva que costó a los candidatos presidenciales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez su vida hace dieciocho meses, y el actual asalto contra el Gobierno, Nación y Pueblo Mexicanos.

Realmente, nada pudiera ser más clásico que la actual revuelta. No se necesita ningún artificio para clasificarla. Es un mercenario golpe militar, Pretoriano en concepto y método, siendo la codicia su solo motivo y el pillaje su único objetivo.

Fué precisamente por uno de estos levantamientos contra el Monarca Español en 1820 que un grupo de jefes militares corrompidos, al servicio de su Majestad, llevando el uniforme del Rey y percibiendo sueldos de la tesorería real, hizo nacer al Estado Mexicano. Tanto el clero que instigó la rebelión, como los militares que la llevaron a cabo, estaban buscando una perpetuación de sus especiales privilegios y poderío. Fué precisamente esa traición, disfrazada bajo altisonantes declaraciones de -- propósito, que estableció un precedente para la conducta Mexicana militar que persiste hasta la fecha. Durante los años de vida Nacional Mexicana, pillos uniformados, luciendo galones de generales, han utilizado consecutivamente el poder y la fuerza a ellos confiados, como un medio de enriquecimiento, hasta que su avaricia, ya no saciada con "buscas" en tiempos de paz, estalló en franca revuelta contra el Gobierno y país a quienes - habían jurado proteger.

Durante la primera generación de la vida de México como Estado, de - 1820 hasta 1850 y tantos, los militares corrompidos y el clero viciado - dominaron a la Nación. El primer intento serio para poner un límite a su poderío fué hecho a mediados del siglo por Benito Juárez y un grupo de - "Reformadores" de ideales firmes. Hasta después de ganar una guerra civil ruinosa de tres años, y luego combatiendo con éxito una intervención imperialista dirigida por los mismos elementos, fuéles posible asumir un

breve control sobre estas fuerzas de turbulencia. Pero el dominio de Juárez duró demasiado poco para perdurar o significarse. Después de su muerte, la revuelta sin éxito de Porfirio Díaz en su contra, ayudada por el clero, se volvió en victoria sobre su sucesor Lerdo. Pero Porfirio Díaz, al tomar al grupo militar como asociados, repartiéndose el botín, estuvo en posibilidad de guardar el orden durante una generación. El peón explotado pagó los gastos, como lo ha hecho durante cuatro siglos.

Entonces vino la revolución encabezada por el sincero e idealista, aunque no práctico Madero. Desde entonces puede continuarse escribiendo la historia de México- como siempre- en términos de traiciones. Los últimos dieciocho años han sido una lucha contra la garra opresora de la mano muerta- de todas clases- y de éstas, no la menor, el guante de hierro del militarismo. La tragedia y la ironía reales de los esfuerzos de México hacia su propia emancipación es que tales cuartelazos o asaltos - de barricadas, han ido aumentando, no de parte del consabido enemigo "la reacción", como se le define en el campo revolucionario, sino de los hombres que han sido considerados como líderes en la nueva liberación.

De esta manera el cuerpo político Mexicano ha pasado de una administración a la otra por repeticiones del proceso biológico conocido como - escisión. Y ésta ha ocurrido en el mero corazón del movimiento revolucionario, separando uno de los tres componentes del triunvirato Sonorense largamente unido, cuando De la Huerta encabezó su rebelión contra Obregón y Calles.

¿Puede haber amigos más íntimos de lo que fueron Obregón y su Secretario de Guerra, Serrano? Pocos meses antes estuvieron comiendo, bebiendo y brindando públicamente. Luego ambos aspiraron a la Presidencia. Revuelta y el pelotón de ejecución. Arnulfo Gómez, el otro rebelde, había sido también desde un principio- quiere decir durante trece años- compañero de armas de los otros dos. Juntos habían organizado el "Cuarto - Batallón de Sonora", el primero en el campo contra Victoriano Huerta; -- juntos habían caminado los "ocho mil kilómetros en campaña" a través de la costa occidental para capturar la Ciudad de México de los Federales, y luego hacia el norte para derrotar a los "Convencionistas", o sean las fuerzas de "Pancho" Villa. Unidos habían tomado parte en la justificada revuelta en contra de Carranza (los líderes de la cual, incidentalmente, no estaban a su servicio, una distinción importante) y habían resistido la separación de De la Huerta.

Y ahora el último levantamiento! Dado el carácter del general Mexicano, esa revuelta estaba predicha desde el momento en que Obregón fué asesinado por un fanático religioso. Entonces, el grupo militar, sorprendido por la renuncia dramática de Calles a la Presidencia de la República, se encontraba sin candidato propio. Pero agarrándolos desprevenidos--literalmente así,-cuando los reunió en un salón durante un banquete en septiembre ppdo. y les preguntó sobre cuál de ellos se habían fijado para que fuera el próximo Jefe de la Nación--le fué posible conseguir momentáneamente que convinieran en apoyar a un candidato legalmente constituido aunque fuese civil. (De corazón, virtualmente, cada general era su propio candidato Presidencial!) De esa manera Calles pudo delinear ante la Nación el elevado fin de un gobierno civil y su visión de la terminación de un caudillismo y la inauguración de "un gobierno de leyes, no de hombres". En la confusión y exaltación del momento, Emilio Portes Gil, civil, ex-Gobernador de Tamaulipas, y en esos días Secretario de Gobernación, fué elegido por el Congreso para la Presidencia interina de catorce meses. El período de seis años, principiando en febrero de 1920, se hizo entonces el objetivo de los políticos, militares y civiles,

tan pronto se repusieron de su sorpresa.

Si hemos de clasificar a los generales que encabezan la revolución, pueden, primero, ser colocados en la categoría de íntimos amigos políticos de Obregón, cuya muerte, si bien no causó la pérdida de sus canongías, - disminuyó sin embargo sus influencias en el Palacio Nacional. Segundo, - puede afirmarse que, con la posible excepción de José Gonzalo Escobar, - quien gozaba de buena reputación--probablemente inmerecida--los revoltosos incluyen a los más conspicuamente corrompidos y codiciosos de los generales. El finado Presidente Obregón tiene en gran parte la culpa de - que estos sigan en el ejército. En menos proporción también es culpable Calles, aunque, dicho sea de paso, ha luchado con el problema; y la lealtad que en México pueda existir hoy día en el ejército Mexicano hacia la bandera y el país, él en gran parte la ha inculcado.

Entre los generales revoltosos se encuentra el bestial Fausto Topete con su cara juvenil hinchada de disipación, a quien Obregón inpuso al Estado de Sonora durante las últimas elecciones gubernativas; Francisco Manzo, el prototipo del panzudo y glotón general Mexicano. Jesús M. -- Ferreira, con el gallardo bigotito, quien acumuló fortunas en el curso - de la rebelión Católica en Jalisco; Francisco Urbalejo, el indio, quien traicionó a Carranza cambiando a última hora sus tropas al lado revolu-- cionario; y Roberto Cruz, ex-Inspector General de Policía en el Distrito Federal, inventor de la cobarde "ley del suicidio", por medio de la cual los prisioneros eran encontrados muertos en sus celdas, aparentemente - por sus propias manos; cruel y despiadado, explotó la rebelión Católica hasta el límite para su provecho personal. Esos son los líderes de la - rebelión.

No podría afirmarse que todos los generales que están con el Gobierno--y aquellos que permanecen leales a sus deberes elementales de soldado, sean hombres de honor y patriotismo. Demasiado pronto puede venir otra revolución para disipar una opinión tan optimista. Algunos, por otra parte, se irían de buena gana del lado rebelde si estos tuviesen éxito. Algunos salvajes bien conocidos se encuentran entre los leales. Sin embargo, el visiblemente buen "elemento"--juzgado por sus acciones pasadas--cumplen con su deber como soldados y Mexicanos; el educado y caballeroso Almazán; el simpático y joven Jaime Carrillo; el tosco y marcial Miguel Acosta; el vigoroso y seguro viejo líder agrarista de San Luis Potosí, indio de pura sangre, Saturnino Cedillo.

La revolución tiene su Plan de costumbre--"El Plan de Hermosillo"--llamado así por el lugar de su proclamación, exponiendo el elevado propósito de sus protagonistas, denunciando y quitando el reconocimiento a las autoridades constituidas, y tratando de obtener la ayuda de los distintos elementos descontentos- como en el caso de los Católicos. La abolición de las "restricciones religiosas" fué una de sus promesas.

¿Y qué sigue? La rebelión será sofocada--su espina dorsal ha sido rota. El resultado era una conclusión prevista. La mayoría del ejército, el sentimiento popular, y el apoyo de los Estados Unidos forman un trío invencible. Los generales que vacilan para ver de que lado se inclina la suerte, seguirán leales. Además, no debe olvidarse que los oficiales y tropa, clasificados como rebeldes, fingen obediencia a sus Jefes traidores bajo coacción, y aprovechan la primera oportunidad para proclamar su lealtad al Gobierno.

No obstante, el daño es incalculable. Puentes quemados, ferrocarriles destruidos, bancos saqueados y aldeas en ruinas, fuertes exacciones -

a las ciudades dentro del territorio rebelde--la destrucción física es inmensa. Y, mucho después de que la rebelión esté aplastada, sus unidades, dispersadas en fragmentos de guerrillas, continuarán acosando y saqueando las regiones. Los ex-generales, coroneles, etc., se convierten en bandidos vulgares. Casi ni fueron otra cosa, aún cuando portaban el uniforme. México, luchando desesperadamente para nivelar su presupuesto, malamente puede soportar tales pérdidas. El daño espiritual, la revelación de deslealtad tan extendida, la continuación de la úlcera crónica militar, el anticipado intento de nulificar el bello propósito de una sucesión Presidencial pacífica y ordenada--todo esto representa un serio golpe para el progreso de México.

El verdadero interés está en la posible solución del problema. Desde hace tiempo era obvio que todo el sistema militar Mexicano, afirmado por la fuerza y los gajes, inevitablemente conduce a tan aborrecibles -- exhibiciones como ésta. Si dicha verdad ha sido obvia a los observadores, aquellos que tienen a su cargo los destinos de México, o nó se han dado cuenta de ello, o lo han tolerado, o están imposibilitados ante el saqueo de los caciques contemporáneos--los generales de División o de Brigada, que comandan las treinta y seis Jefaturas de Operaciones Militares.

En junio de 1923, cuando acababa de regresar de Veracruz, y en conversación que tuve con el Presidente Obregón, le conté de cómo se mataba y robaba a los pacíficos agraristas en ese Estado; de la vida disipada y de la evidente insubordinación del General en Jefe en esa Ciudad, Guadalupe Sánchez; y de la creencia general que se levantaría en armas. Obregón rechazó con desdén la idea de que Sánchez pudiera rebelarse. Y sin embargo, fué quien inició seis meses más tarde la rebelión de De la Huerta. El hecho es, naturalmente, que los Gobiernos de Obregón y Calles--aunque en menor escala éste último--al hacerse de la vista gorda o al tolerar las prácticas inmorales de los generales, estaban simplemente acumulando para sí mismos una serie de dificultades que inevitablemente tenían que culminar en rebelión. Puede decirse con certeza que, sin excepción alguna, ningún Jefe de Operaciones ha vivido durante los últimos ocho años de su puro sueldo. Hasta los más honrados tienen sus "negocios". Es cosa aparte, posiblemente no ilegal, cuando representen una inversión del capital propio del general, aunque obviamente ese capital -- fué acumulado en el curso de la revolución, ya que cada general comenzó sus actividades sin casi una camisa en la espalda. Pero la mayoría no solamente se ocupa de negocios ilegales, concesiones de juego, monopolios, casas de mala fama, etc., sino que hace uso de su poder para cometer extorsiones y defraudar al Fisco por medio de distintos procedimientos. Dislocación social de cualquier especie--reformas agrarias, una rebelión de parte de los Católicos, ofrecen oportunidades favorables especiales. De esta manera subsisten los males del sistema Díaz, sin la paz compensadora que Díaz obtuvo de dicho sistema. Dió a los generales lo que deseaban, y ellos estaban satisfechos. Obregón hizo lo mismo, Calles en grado menor--y los generales no quedaban satisfechos! El país ha pagado en tiempos de paz y también en tiempos de guerra civil.

Inevitablemente, las consecuencias de tan crónica y clandestina deslealtad en tiempos de paz--a la ley del país, que los militares se supone deben ayudar a sostener, al gobierno, a los reconocidos principios de la revolución--constituyen un paso de manifiesta deslealtad, o sea, franca rebeldía. La diferencia es solamente pequeña. Pudiera imaginarse que una rebelión de esa naturaleza, con eliminar a los manifiestamente desleales generales y dejando por presunción un sobrante de líderes leales

y patriotas, pudiera traer como resultado un beneficio que compensara el mal. Pero ninguna de esas limpias benéficas se lleva a cabo, si es de juzgarse por las historia reciente. Serrano y Gómez fueron los generales federales más activos en la rebelión De-la-Huertista en escoriar verbalmente a sus antiguos camaradas de armas y en fusilar a aquellos que hacían prisioneros. Menos de cuatro años después ellos eran los que se habían levantado en contra del mismo Gobierno, y fué el General José Gonzalo Escobar quien al fin persiguió a Gómez, e informó a la Capital de la ejecución del "traidor" después de un juicio sumarísimo. Ahora Escobar se ha convertido en el traidor a quien espera la misma suerte si es hecho prisionero. Y no existe ninguna seguridad de que los generales, que hoy están cumpliendo con sus deberes de soldados, no sean encontrados en las filas del próximo levantamiento. Lo probable, basado en acciones pasadas, es diez contra uno que sí serán encontrados.

Por cierto, su propia actitud y la de sus gobiernos en el pasado ha conducido a este fin. El general que queda leal, no menos que el general que no lo hace así, espera beneficiarse pecuniariamente por esta actitud. Obregón repartió abundantemente "gratificaciones"--sumas de veinticinco a cincuenta mil pesos--a los líderes que le fueron leales en la revolución en contra de De la Huerta. Creó a cincuenta y cuatro nuevos generales! Verdaderamente, el militarismo Mexicano es un monstruo de cabeza de hidra. Cada pillo insaciable eliminado, era reemplazado por otro, quien clamaba ser recompensado por cumplir simplemente con su deber. Y el Gobierno accedía. Obregón sin duda creía, o se veía obligado a creerlo, que solamente de esta manera podía retener la lealtad de sus generales. Engaño fatal! A ningún general gratificó tan espléndidamente como al disipado Serrano, y Serrano fué el líder de la inmediata rebelión.

Si México ha de alcanzar progreso en contra de esta terrible plaga, el Gobierno debe primeramente reformar su propio sistema. Debiera, después de la actual revolución, proceder de una manera completamente parca con los ascensos. No puede esperar consecuentemente que los generales sean más civilizados que el mando supremo. Obedecer las órdenes es el primer deber del soldado; lealtad su único camino. No debería ascendersele o gratificársele por esto! ¿Que está descontento? Pues que lo esté--así demostrará su propia incapacidad de continuar en el servicio. Incidentalmente, que maravillosa oportunidad para comenzar el desarme, reducir el presupuesto militar, reducir el siempre excesivo número de generales, efectuar una disminución que vale la pena y que está completamente de acuerdo con la política Mexicana de reconstrucción!

Si se contempla toda la destructividad del ejército como una influencia nacional, se inclina uno a preguntar por qué, verdaderamente, no sería mejor abolirlo. Seguramente que no existe para defensa en contra de un enemigo extraño. ¿De qué serviría en el caso de una guerra con los Estados Unidos? ¿Y cuándo ha estado la guerra con los Estados Unidos más remota e increíble que ahora, cuando, bajo la política inaugurada por --Dwight Morrow, el antiguo "Coloso del Norte" se ha convertido en un amigo leal y consejero afín?

En el pasado, un ejército ha sido considerado necesario por las administraciones, por distintos motivos.

Primero, existía el temor de una agresión de parte de los Estados Unidos en forma de intervención. Y recordando a Henry Lane Wilson, Albert Bacon Fall, y hasta Charles E. Hughes, ese temor no era injustificado. Naturalmente, ninguna autoridad Mexicana concebía la idea de que un ejército Mexicano pudiera resistir por mucho tiempo a la fuerza militar

y naval de los Estados Unidos. Haciendo una marcada- y astuta- distinción entre nuestro gobierno y pueblo, entre las miras de un pequeño grupo de imperialistas y los más pacíficos propósitos de la masa de Americanos, los Mexicanos creían que su ejército pudiera ofrecer la suficiente resistencia efectiva para dar tiempo a la opinión pública americana - a movilizarse más bien en favor de un arbitraje que de métodos violentos para el arreglo de las dificultades que pudieran presentarse.

Segundo: mientras ha existido hostilidad definida, hasta el punto de rebelión armada, por grupos anti-revolucionarios, tales como el de los - Hacendados en contra de las reformas agrarias, o del Clero Católico y de sus simpatizadores en contra de todo el programa revolucionario, se ha juzgado indispensable un ejército. Ha sido necesario desde que el Clero instigó a la rebelión durante los dos últimos años y medio, si bien los militares, en lugar de suprimir la rebelión, en algunos lugares la han dejado activa para su provecho personal.

Tercero: con un gobierno centralizado como el Mexicano, y con autoridades locales dudosamente establecidas en muchos Estados y Municipalidades, el ejército ha tenido que servir supuestamente como guardia nacional. Ha sido útil aquí y allá suprimiendo el bandidaje--quiere decir, - bandidaje que no sea cometido por él mismo.

De estas tres justificaciones para el sostenimiento de un ejército considerable, la primera ha desaparecido. Concedido que las consideraciones abstractas de orgullo nacional parecieran requerir la existencia de un ejército en contra de los enemigos tradicionales de México a través del Río Grande, una apreciación realística de circunstancias que han cambiado, demostrará que la actitud de los Estados Unidos ha sido, en crisis recientes, militarmente amistosa. En la rebelión de De la Huerta, la política de Coolidge de vender armas al Gobierno, mientras que embargaba su envío a los rebeldes, salvó no solamente a la administración de Obregón, sino la sucesión de Calles. Aún una estricta neutralidad entonces en Washington hubiera significado o una derrota para Obregón, o cuando menos, años de caos. En la actual revolución, el Gobierno hubiera sin duda salido victorioso. Pero el inmediatamente revelado apoyo de la administración de Hoover no sólo servirá para abreviar el disturbio, - sino para frustrar cualquier tumulto subsecuente en los próximos años. Sostener un ejército de defensa en contra de los Estados Unidos bajo estas circunstancias, ha llegado a ser un absurdo manifiesto.

La segunda justificación para el sostenimiento de un ejército sigue siendo la rebelión Católica, la cual, en forma de guerrillas durante dos años, ardió con nueva intensidad después de la ejecución de Toral, y ahora se encuentra unida a la rebelión militar con el común propósito de -- derrocar al Gobierno. No deja de ser un problema--pero sin duda uno que se presta a un arreglo por medio de arbitraje. El Clero Mexicano no habrá comprendido la palmaria tontería de su actitud durante los trescientos años de su experiencia hasta la independencia de México, pero es seguro que ha perdido terreno enormemente en los últimos dos años y medio en que se ha declarado "en huelga". Unos cuantos años más--y el pueblo se habrá acostumbrado a pasarse sin sacerdotes. Un sentido de la realidad, una apreciación más verdadera de sus funciones espirituales de la - que ha tenido desde los nobles días de misión de Las Casas, Gante, Junípero Serra y el Padre Kino, llevarían a la Jerarquía Mexicana Católica - Romana a someterse a las leyes Mexicanas que han sido aceptadas por todas las demás sectas, con la esperanza de que el tiempo, unido a una reforma que bien necesita dentro de su propio clero, pueda mejorar las condicio-

nes que actualmente se consideran molestas y opresivas.

Tercero: la formación de una verdadera guardia nacional ocupada - completamente en sus labores de policía interna, con la consiguiente - disminución de énfasis en las tres ramas del servicio militar, y una - poca más de atención hacia las comunicaciones, especialmente las aéreas, permitirían una transformación del ejército tendiente a rebajar el poder y la amenaza de las "Jefaturas de Operaciones" y de aquellos que las encabezan.

Ciertamente, México ganaría con la aplicación de reformas radicales al ejército. Un término medio no sería suficiente. Si este problema no es atacado y resuelto en esa forma enérgica, la Nación tendrá que enfrentarse continuamente a una anarquía y caos intermitentes, y la recuperación y la reconstrucción continuarán siendo un espejismo--siempre a la vista y nunca alcanzado. El militarismo Mexicano ha sido en la última década la amenaza suprema de la Nación y el problema que más insistentemente demanda solución. Existen otros problemas--que son, por supuesto, complejos y difíciles. Pero en cada uno de ellos se ha obtenido un progreso definitivo y halagador. La calamidad del militarismo queda como el obstáculo que la Nación debe vencer si ha de sobrevivir y tomar su lugar entre las naciones del mundo en el siglo XX. A este problema hay que - hacerle frente desde luego e iniciarse las reformas aún cuando--y especialmente mientras--la rebelión progrese. La actitud del Gobierno durante las próximas semanas, tendrá una profunda significación sobre un futuro caso semejante. Nunca será excesiva la energía y prontitud con que se proceda. Hay que dar el golpe ahora, con el prestigio y la fuerza - consiguientes a la victoria, ya que no estará en posibilidad de hacerlo dentro de seis meses o un año.

The Recurring Rebellion in Mexico

At bottom it reduced itself to the quarrel, eternal among Mexicans, of groups, plural, desirous of seizing the power, which is singular.

THIS summary of the wrangling among the Revolutionists—Carrancistas versus Villistas—even before they had achieved their victory over the “usurper,” Victoriano Huerta, in 1914, appears in Martin Luis Guzman’s narrative of the Mexican Revolution, “El Aguila y la Serpiente”—an eagle clutching a serpent being Mexico’s escutcheon. Once a “Constitutionalist” “patriot” (both titles require quotation marks) he became an author in the enforced exile following his bad guess in joining the de la Huertistas. He has proved himself infinitely shrewder as a retrospective commentator on Mexican affairs than as a participant therein. For his definition fits with equal accuracy the squabble to which it was applied, the de la Huerta rebellion five years ago, the abortive flare-up which cost presidential candidates Francisco Serrano and Arnulfo Gomez their lives eighteen months ago, and the present assault on the Mexican government, nation and people.

Indeed, nothing could be more classical than the present revolt. No finesse is needed to categorize it. It is a sordid military coup, Pretorian in concept and method, with greed as its sole motivation, and loot as its one objective.

It was precisely by such an uprising against the Spanish monarch in 1820 that a group of corrupt military chieftains, carrying His Majesty’s commissions, wearing the king’s uniform, drawing pay from the royal treasury, brought the Mexican state into being. Both the clergy who instigated the rebellion and the military who carried it out were seeking a perpetuation of their special privileges and powers. It was precisely such treachery, masquerading under a high-sounding declaration of purpose, that established a precedent for Mexican military conduct which persists to this day. For 109 years of Mexican national life, scoundrels in uniform, wearing a general’s chevrons, have consistently used the power and force entrusted to them as a means of self-enrichment, until their avarice, no longer satiated by peace-time perquisites, flamed into open revolt against the government and country which they were sworn to protect.

For the first generation of Mexico’s life as a state, from 1820 to the 1850’s, corrupt military and corrupt clergy dominated the nation. The first serious attempt to limit their power was made in the middle of the century by Benito Juárez and a group of high-minded “Reformists.” After winning a devastating three years’ civil

war, and then defeating an imperialist intervention engineered by the same forces, was he able to assume a brief control over the forces of turbulence. But his dominance was too short-lived to be lasting or significant. After his death, the unsuccessful revolt of Porfirio Diaz against him, aided by the clergy, was turned into a victory over his successor Lerdo. But Porfirio Diaz, by taking the military ring into partnership with him, and dividing the spoils, was able to keep order for a generation. The exploited peon paid the cost, as he has for four centuries.

Then came the Revolution, headed by the sincere and idealistic, if not wholly practical, Madero. Since then the history of Mexico may continue to be written—as before—in terms of betrayals. The last eighteen years have been a struggle against the strangling grip of the dead hand—of several varieties—and not the least of these is the iron gauntlet of militarism. The real tragedy and irony of Mexico’s efforts at self-emancipation is that these *cuartelazos*, or barracks assaults, have come increasingly, not from the avowed enemy, “the reaction,” as it is termed in the revolutionary camp, but from the men who have supposedly been leaders in the new liberation.

Thus the Mexican body politic has passed from one administration to another by repetitions of the process known biologically as fission. And the fission (or scission) has taken place in the very heart of the revolutionary movement. It split off one-third of the long-united Sonora triumvirate, when de la Huerta led his rebellion against Obregon and Calles.

Could friends have been “bosomer” than Obregon and his Secretary of War, Serrano? A few months before, they had been dining, wining and toasting one another publicly. Then both desired the presidency. Revolt and the firing squad. Arnulfo Gomez, the other rebel, had also been from the first—that is, for thirteen years—a companion-in-arms of the other two. Together they had organized the “Fourth Sonora Battalion,” the first in the field against Victoriano Huerta; together they had marched through the famous “eight-thousand-kilometers campaign” down the west coast to capture Mexico City from the Federals, then north again to defeat the “Conventionists,” that is, the forces of “Pancho” Villa. They had stood together in the justified revolt against Carranza (the leaders of which, incidentally, were not in his service, an important distinction) and had withstood the de la Huerta secession.

And now the latest uprising! Given the character of the Mexican general, such a revolt was fore-

castable, the moment Obregon was assassinated by a religious fanatic. At the time, the army ring, taken unawares by Calles' dramatic renunciation of the presidency, lacked a candidate of its own. But catching them off their guard—literally so, when he assembled them in one room at a banquet last September and asked which one of their number they had determined upon as the nation's next leader—he was able to get them momentarily to agree to support a legally constituted candidate even if he were a civilian. (In his heart virtually every general was his own presidential candidate!) Thus Calles could project before the nation the high aim of civilian rule and his vision of the ending of *caudillismo* (rule by the "man on horseback") and the inauguration of "a government of laws, not of men." In the confusion and exaltation of the moment, Emilio Portes Gil, civilian, former Governor of Tamaulipas, and then Secretary of *Gobernacion*, was chosen by Congress for the interim presidency of fourteen months. The six-year term, beginning in February, 1930, thereupon became the objective of the *politicos*, military and civilian, as soon as they had recovered from their surprise.

If the generals who head the revolt are to be classified, they fall first into the category of close political friends of Obregon, whose death, while not causing the loss of their sinecures, nevertheless lessened their influence at the National Palace. Secondarily, it may be affirmed that, with the possible exception of Jose Gonzalo Escobar, who had a good reputation—probably undeserved—the revolters include the most conspicuously corrupt and greedy of the generals. For their continued presence in the army, the late President Obregon cannot escape a large measure of blame. To a lesser degree the censure carries over to Calles, though, goodness knows, he has wrestled with the problem, and what loyalty to flag and country there may be today in the Mexican army he has to a large degree instilled.

Among the revolting generals is the brutal Fausto Topete, his youthful face bloated with dissipation, whom Obregon "imposed" on the state of Sonora at its last gubernatorial election; Francisco Manzo, the archetype of the paunched and gluttonous Mexican general; Jesus M. Ferreira, with the dapper little moustache, who coined fortunes out of robbing rich and poor in the course of the Catholic rebellion in Jalisco, at the capital of which, Guadalajara, was his *jefatura de operaciones*; Francisco Urbalejo, the Indian, who betrayed Carranza by switching his troops at the last minute to the revolutionist bandwagon; and Roberto Cruz, former Inspector-General of police in the Federal District, inventor of the dastardly "*ley de suicidio*," by which prisoners were found dead in their cells, supposedly at their own hand; cruel and ruthless, he exploited the Catholic rebellion to the limit for his personal profit. Such are the leaders of the rebellion.

It would not do to assert that the converse holds

—and that those who remain faithful to their elementary soldiers' duty are all men of honor and patriotism. All too soon another revolt might come along to dispel so optimistic a judgment. Some, moreover, would readily switch were rebel success in the offing. Some well known brutes are among the loyalists. Nevertheless the conspicuously good "elements"—judged from their past performances—stand by their duty as soldiers and Mexicans: the cultured and gentlemanly Almazan; the gallant and youthful Jaime Carrillo; the rugged and soldierly Miguel Acosta; the sturdy and dependable old agrarian leader from San Luis Potosi, a full-blooded Indian, Saturnino Cedillo.

The revolt had its customary *Plan*—the "*Plan de Hermosillo*"—named from the place of its proclamation, declaring the lofty purpose of its protagonists, denouncing and withdrawing recognition from the constituted authorities, and throwing a sop to the various disgruntled elements whose "adhesion" is sought—as in this case the Catholics. The abolition of the "religious restrictions" was such a gesture.

What next? The rebellion will be put down—its back is already broken. That result was a foregone conclusion. The majority of the army, popular sentiment, and the support of the United States are an invincible trio. Generals, hesitating to see which way the wheel of fortune may turn, will remain loyal. Moreover, it should not be overlooked that officers and men, classified as rebels, feign allegiance to their treacherous commander under compulsion, and take the first opportunity to proclaim their loyalty.

Nevertheless the damage is incalculable. Burned bridges, wrecked railroads, looted banks and wasted villages, heavy tolls imposed on cities within the rebels' territory—the physical destruction is immense. Moreover, long after the rebellion is crushed, its units, broken into guerrilla fragments, will continue to harass and pillage the countryside. The former generals, colonels, etc., then become indistinguishable from common bandits. They were little else even when they wore the uniform. Mexico, struggling desperately to balance its budget, can ill afford such losses. The spiritual damage, the revelation of such widespread disloyalty, the persistence of the chronic military ulcer, the early attempt to nullify the fine purpose of a peaceable and orderly presidential succession—all this represents a serious blow at Mexico's progress.

The real interest lies in the possible solution of the problem. It should long since have been apparent that the whole Mexican military system, predicated on power and perquisites, inevitably lead to such abhorrent exhibitions as this one. If the truth has been apparent to observers, those in charge of Mexico's destinies have either been unaware of it, or tolerant of it, or helpless before the looting of the contemporary *caciques*—

erales de division, or de brigada, who command the thirty-six military headquarters.

In June, 1923, when I had just returned from Vera Cruz, in conversation with President Obregon, I told him of the killing and robbing of peaceable agrarians in that state, of the debauchery and the evident insubordination of the general commanding there, Guadalupe Sanchez, and of the widespread belief there that he would rebel. Obregon scouted the idea that Sanchez would "rise in arms." Yet he it was who initiated the de la Huerta rebellion six months later. The fact is, of course, that the government of both Obregon and Calles—though less in the latter instance—by conniving at or tolerating the purloining practices of the generals, merely stored up trouble for itself which inevitably culminated in rebellion. It may safely be said that, without exception, no *jefe de operacione* has within the last eight years lived on his salary. The best of them have their *negocitos*. These are side-lines, perhaps not illegitimate, when they represent an investment of the general's capital, though obviously that capital was accumulated in the course of the Revolution, for nearly every general began with hardly a *camisa* to his back. But the majority not only engage in illegal traffic, gambling-concession monopolies, houses of ill fame, etc., but use their power for extortion and graft. Social dislocation of any kind—agrarian reform, a rebellion by Catholics—affords peculiarly favorable opportunities. Thus the evils of the Diaz system remain, without the compensating peace which Diaz secured thereby. He gave the generals what they wanted and they were satisfied. Obregon did the same, Calles to a lesser degree—and the generals were not satisfied! The country has paid in peace-times and in time of civil war as well.

Inevitably, the consequence of such chronic and clandestine ~~peace-time faithlessness~~—to the law of the land which the military are supposed to help maintain, to the government, to the avowed principles of the Revolution—is a transition to overt faithlessness, namely, open rebellion. The difference is only one of slight degree. One might imagine that such a rebellion, by eliminating the overtly faithless generals and presumably leaving a residue of loyal and patriotic leaders, might work some compensating benefit. But no such beneficial purging takes place, if one may judge from recent history. Serrano and Arnulfo Gomez were the federal generals most active in combating the de la Huertista rebellion, in excoriating verbally their erstwhile brother officers and executing such as they captured. Less than four years after, they were in the field against the same government, and it was General Jose Gonzalo Escobar who finally hunted down Gomez, and reported to the capital the execution at the hands of a firing squad of "the traitor." Now Escobar has become the traitor, to whom the same fate will be meted out if he is caught. And there is no assurance whatever that the generals who are

now carrying out their duty as soldiers will not be found in the ranks of the next *levantamiento* (uprising). The chance, based on performance, is ten to one that they will be.

Indeed, their own attitude and that of their government in the past has tended to just such an end. The general who remains loyal, no less than the general who does not, expects to profit financially by his course. Obregon showered "gratifications"—sums from twenty-five to fifty thousand pesos—on the leaders who remained with him against de la Huerta. He created fifty-four new generals! Verily, Mexican militarism is a hydra-headed monster. Every insatiable looter eliminated was replaced by another, clamoring to be rewarded for doing his simple duty. And the government complied. Obregon doubtless believed, or felt it necessary to believe, that only in that way could his generals' loyalty be retained. Fatal delusion! On no general did he shower largesse more handsomely than on the profligate Serrano, and Serrano led the next rebellion.

If Mexico is to make any progress against this dreadful scourge, the government must first reform its own attitude. It should, following the present revolt, be wholly parsimonious with promotions. It cannot consistently expect the generals to be more civilized than the supreme command. Obeying orders is the soldier's first duty; loyalty his only course. He should not be promoted or rewarded for it! Dissatisfied? Let him be so—he will thereby demonstrate his own unfitness to continue in the service. Incidentally, what a marvelous opportunity to start disarmament, to reduce the military budget, to cut down the always excessive number of generals, to effect a worth-while retrenchment wholly in line with Mexico's policies of reconstruction!

When one contemplates the utter destructiveness of the army as a national influence, one is inclined to ask why, indeed, it had not better be abolished. Surely it does not exist for defense against an outside foe? Of what use would it be in the event of war with the United States? And when was war with the United States more remote and unthinkable than now, when, under the policy inaugurated by Dwight Morrow, the former "colossus of the North" has been converted into a loyal and sympathetic friend and counselor?

An army has appeared necessary to Mexican administrations in the past for several reasons.

First, there *was* fear of aggression by the United States in the form of intervention. And remembering Henry Lane Wilson, Albert Bacon Fall, and even Charles E. Hughes, that fear was not unjustified. Of course, no Mexican in authority considered that a Mexican army could long withstand the military and naval strength of the United States. But drawing a sharp—and shrewd—distinction between our government and people, between the de-

signs of a small group of imperialists and the more pacific purposes of the mass of Americans, the Mexicans believed that their army could offer enough effective resistance to enable our public opinion to mobilize in favor of arbitral rather than violent methods of settling whatever differences had arisen.

Second: as long as there has been definite hostility, to the point of armed rebellion, by anti-revolutionary groups, such as that of the *hacendados* against agrarian reform, or of the Catholic clergy and their following against the entire revolutionary program, an army has seemed necessary. It has been necessary since the clergy have connived at rebellion for the last two and a half years, even though the military, instead of suppressing rebellion, have in spots kept it alive for personal profit.

Third: with a centralized government like the Mexican, and local authority dubiously established in many states and municipalities, the army has been supposed to function as a national constabulary. It has been useful here and there in suppressing banditry—that is, banditry other than its own.

Of these three justifications for the maintenance of a considerable army, the first has disappeared. Granted that abstract considerations of national pride would seem to require the existence of an army against the Mexicans' traditional foes across the Rio Grande, a realistic appreciation of changing circumstances will show that the attitude of the United States has, in recent crises, been militantly friendly. In the de la Huerta rebellion the Coolidge policy of selling arms to the government, while embargoing their sale to the rebels, saved not merely the Obregon administration, but the Calles succession. Even a strict neutrality at that time in Washington would have meant either a defeat for Obregon, or at least, years of chaos. In the present rebellion, the government would doubtless have won out. But the promptly revealed support of the Hoover administration will not merely shorten the disturbance, but discourage any subsequent outbreak in the next few years. To maintain a military defense against the United States under the circumstances has become a manifest absurdity.

The second justification for the maintenance of an army continues to be the Catholic rebellion, which, of a guerrilla nature for two years, flamed into new intensity following the execution of Toral, and is now merged with the military rebellion, in the common purpose of overthrowing the government. That remains a problem—but surely one that is susceptible of settlement by arbitration. The Mexican clergy may not have learned the obvious folly of their course through their hundred years' experience since Mexican independence, but certain it is that they have lost ground enormously in the two and a half years since they "went on strike." A few more years—and the people will be accustomed to do without priests. A sense of realities, and a truer appreciation of its spiritual function than it has had since the noble missionary days of Las Casas,

Gante, Junipero Serra, and Father Kino, would lead the Mexican Roman Catholic hierarchy to submit to the Mexican laws which every other denomination has accepted, in the hope that time, coupled with a much needed reformation within its own clergy, would ameliorate the conditions which it now considers irksome and oppressive.

Third: the formation of a true national constabulary, bent wholly on internal policing, with the resulting diminution of emphasis on the three branches of military service, and more attention to communications, especially through the air, would permit a transformation of the army to lessen the power and menace of the *jefaturas de operaciones*, and those who head them.

Certainly, Mexico cannot lose by applying radical reform to the army. Half-way measures will not suffice. Unless this issue is thus attacked and solved, the nation will face continuing intermittent anarchy and chaos, and recuperation and reconstruction will continue a mirage—always just ahead, always out of reach. Mexican militarism has been for the last decade the nation's supreme menace, and the problem most insistently clamoring for solution. Other problems—also in line with Mexico's effort to liquidate its past and to bring Mexico into line with contemporary civilization—there are, of course, complex and difficult. But definite and gratifying progress has been achieved with each and every one of them. The military evil remains as the obstacle which the nation must overcome if it is to survive and take its place among the nations of earth in the twentieth century. And this problem must be faced now and reform initiated even while—and especially while—the rebellion is in progress. The government's attitude in the next few weeks will have a profound bearing on a future recurrence. It cannot act too drastically and too soon. It can strike now, with the prestige and strength following victory, as it may not be able to do in six months or a year.

ERNEST GRUENING.

Youth and Age

No man of elder years than fifty
Should be empowered with lands and gold.
It turns them shrewd and over-thrifty,
It makes them cruel and blind and cold.

Only the young can without evil
Handle this snake and get no sting,
And toss their riches to the devil,
And think about some wiser thing.

Old men in impotence can beget
New wars to kill the lusty young.
Young men can sing: old men forget
That any song was ever sung.

ARTHUR DAVISON FICKE.